

ELCHE

LA ORIENTAL

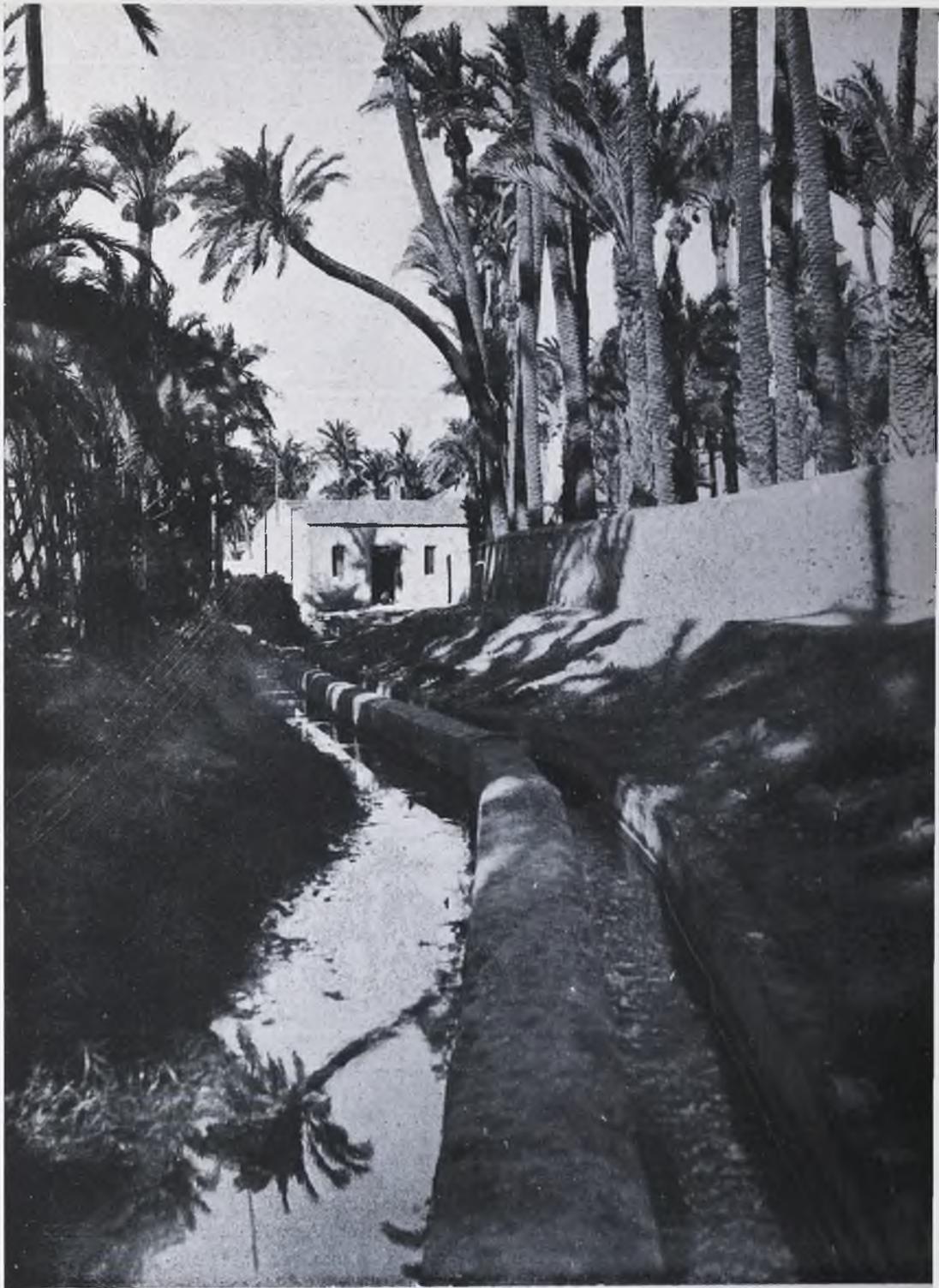
Por

RAFAEL VILLASECA

ELCHE, oasis maravilloso! No hay viajero que al llegar a Elche no se deje seducir por el hechizo de su palmeral. Ciertamente que en el Sur de nuestra península, y en el mismo Levante, abundan las palmeras. En los jardines, las avenidas y los paseos, asomando su abanico sobre los naranjales, atestiguan como una marca el meridionalismo del paisaje. Pero esto no es lo de Elche, con su panorama de más de un millón de palmeras, como en los horizontes de Siria y Palestina, los bosques de América y los confines sahárlicos y africanos. Visión de un mundo remoto en la Geografía y en la Historia, porque el paisaje del palmeral tiene prestigio y singularidad de estampa arqueológica.

Lo vieron ya los ojos de artista que esculpieron "La Dama" famosa. El testimonio no es recusable. Plinio afirma que en las costas marítimas de España se cultivaba la palmera y se cosechaba su fruto. Esto quiere decir que, prescindiendo del tópico engañoso de ser su plantación "cosa de moros", hay que atribuir su importación a nuestro territorio, a los pueblos anteriores a los romanos, a los fenicios y a los cartagineses, que convivieron con las tribus ibéricas; en Elche, con la coetánea, la más civilizada de todas ellas, influida por la cultura de las colonias griegas, capaces de producir una modalidad artística y un estilo grecofenicio, cuya obra maestra es "La Dama de Elche".

Aparecida a dos kilómetros de la ciudad actual, en un lugar llamado por los árabes la Alcudia, y encontrada por los trabajadores del doctor Campello el 4 de agosto de 1897, la escasa importancia que en un principio se dió a su descubrimiento permitió a Pierre Paris, el hispanófilo francés, adquirir por la insignificante suma de 4.000 francos esta obra excepcional que, por su traza y por su técnica, sus rasgos fisonómicos de un tipismo vernáculo y la magnificencia de su extraordinario atavío, representa uno de los troteos más preciosos de la arqueología española, venturosamente devuelta por Francia, recientemente, después de tantos años de extrañamiento en el Museo del Louvre. El hallazgo de obra tan considerable refuerza la opinión de que el lugar donde fué hallada fué el solar de la antigua Illice, la noble predecesora de Elche, cuya jerarquía romana de colonia immune Julia Augusta, aun campea en su escudo



Como tantas otras ciudades interesantes de España, Elche, si no cetro y espada de una nacionalidad, realza con episodios singulares el paso de las épocas y el transcurso de la Historia. El establecimiento y las luchas entre los pueblos bárbaros, disputándose el botín iraneso del Imperio Romano, pusieron a Elche, durante la dominación de los Imperiales en nuestro Mediterráneo, en contacto con Bizancio, a cuyos concilios envía sus obispos, como después, expulsados los bizantinos, acuden a firmar las actas de los concilios toledanos. Incluida al derrumbarse la monarquía visigoda —con el nombre de Else— en la amplia extensión del Califato de Córdoba, debió su liberación de los árabes, en el siglo XIII, al rey de Murcia, que para salvar su vida y hacienda, amenazada por el rey de Granada, entregó su reino al Santo rey don Fernando de Castilla, viniendo a tomar posesión de ella su hijo, el entonces príncipe don Alfonso. Con ocasión de la pujante rebelión morisca que siguió a su entrega a los cristianos, y de la ayuda que Alfonso el Sabio pidió a don Jaime I, que acudió a remediarla, la conquista de Elche proporcionó al gran rey aragonés uno de tantos trances felices de su historia, rescatándola hábilmente y para siempre de los musulmanes e incorporándola a la Corona de Aragón.